



DISCURSO

Pronunciado el 29 de junio, festividad de San Pedro y San Pablo, en la Asamblea general solemne de la "Sociedad Católica"

Ilmo. Señor,

Señores:

Muchas veces en la cumbre de una montaña, se oculta mansa y humilde en su lecho subterráneo, una fuente de agua cristalina, y los hombres que divagan perdidos en el desierto y buscan afanosos dónde mitigar la sed que los devora, pasan encima de ella ignorando su existencia. Mas la fuente que baja de la montaña va convirtiéndose en pequeño río subterráneo que, hallando de repente una salida en me-

dio de las rocas, osténtase á la luz convertida en imponente y hermosísima cascada, cuyas aguas impetuosas se derrumban con estrépito allá en el fondo del ameno valle. Bien pronto las aguas comienzan á correr con majestuoso continente en las dilatadas llanuras... Mirad, señores, mirad cómo la mansa y humilde fuente, cómo la espléndida catarata, se encuentra hoy convertida en ancho y caudaloso río que va á pasear su pompa y galanura á través de mil diversos países, fertilizando las tierras con sus aguas saludables.

Pues bien, señores; si es lícito comparar las cosas que vienen del cielo con las de nuestro planeta, que no es más que un grano de polvo arrojado en la inmensidad de la creación, un grano de arena escapado de las interminables playas de la inmensidad, os diré que así como esa fuente humilde surge desconocida en el seno de la montaña, así también en las cumbres del Calvario comenzó tranquila, casi ignorada, la existencia de otra fuente de aguas mucho más cristalinas y hermosas, que debían fertilizar los campos estériles y muertos de la moral y la inteligencia, mucho más saludables, porque venían á regar los campos dilatados de un Labrador divino. Esta humilde fuente era, Señores, la sociedad cristiana, sociedad que brotó, como por encanto, de los vapores de la sangre de un Hombre-Dios.

Todos conocéis la historia maravillosa de esa sociedad divina, y repetirla aquí, sería, al par que imposible, cansar y molestar vuestra benévola atención; pero sí me permitiréis evocar, á grandes rasgos, algunos recuerdos propios para avivar en nuestra inteligencia la luz esplendorosa de la fe y mantener firme y segura en el fondo de nuestro corazón esa confianza ilimitada en el provenir, confianza que tiene por base la palabra de Dios, la palabra eterna que no pasa.

Jesucristo, Nuestro Señor, había dicho á Pedro, el Príncipe de los Apóstoles: "Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella;" palabras en las que se descubre, indudablemente, el designio de fundar aquí en la tierra una sociedad organizada, una Iglesia sujeta á la supremacía é infalible dirección de un jefe, de Pedro, piedra angular del edificio cristiano, base inmutable sobre la cual las generaciones venideras, los siglos futuros, debían venir humildemente á depositar su parte de material y de trabajo para hermosear, extender y consolidar más y más el augusto edificio principiado. Y si tal designio se revela en esas palabras divinas ¿cómo no deducir lógicamente que Jesucristo ha querido también la perpetuidad de su Iglesia? ¿Y cómo lograr esa per-

petuidad á través de todos los siglos, si Pedro no viviera constantemente en la persona de los Papas, sus legítimos sucesores? ¿Qué razón tenéis entonces, vosotros, herejes de todos los tiempos, librepensadores modernos, para no reconocer en los Papas á los Vicarios de Jesucristo, sus representantes en la tierra?

¡Rugid, vientos mundanales, mares de la impiedad y la mentira, estrelláos contra la firme roca de la verdad: vuestros esfuerzos serán impotentes y no quedará de ellos sobrenadando más que la espuma de vuestro despecho!

Dispersados los apóstoles por todos los ámbitos del mundo, con el objeto de predicar la palabra divina, un día sintió Pedro un impulso irresistible de dirigirse á la metrópoli del paganismo y emprendió, por inspiración de Dios, el camino de Roma.

¡Hé ahí la ciudad de las siete colinas, la ciudad de los Césares! Gigante adormecido por los vapores de la sangre humana, por el lamento de innumerables víctimas atadas al carro de sus victorias, empuña con una mano el cetro del mundo, y con la otra busca convulsivo un instrumento de placer. . . .

Roma, la reina de la disolución, Roma, el genio de la muerte y la conquistista, está destinada, sin embargo, á ser el faro luminoso que ha de guiar con luz esplendoro-

sa á las generaciones venideras hacia el puerto de salvación y de vida.

La fuente del cristianismo comenzó á correr silenciosa en las montañas de Sion: vedla hoy seguir su curso todavía humilde, aunque acumuladas sus aguas, en el seno de las siete colinas.

Durante los tres primeros siglos la fuente se mantiene oculta socavando los cimientos del edificio romano y los vetustos muros de la sociedad antigua. Roma se entregaba á las orgías del paganismo sin sospechar que en los subterráneos de la ciudad, en las catacumbas, corría apacible la fuente de puras aguas que había de satisfacer la sed de amor y de justicia que la humanidad sentía. En el transcurso de ese tiempo, la sangre de los mártires corrió á torrentes en los circos de Roma, en las plazas públicas, en las provincias del dilatado Imperio. Nerón, Decio, Severo, Diocleciano, y otros muchos, son nombres que no recuerda la humanidad sin estremecerse de horror y de indignación. San Pedro y San Pablo, cuya festividad celebra hoy la Iglesia, sellaron allí con su sangre la santidad de su doctrina. ¿Pero donde estáis, vosotros, soberbios emperadores, donde están vuestro poder inmenso, vuestras riquezas, vuestras legiones? ¿Qué se ha hecho el vano aparato de vuestra gloria? ¡Yo os lo diré! Habéis pasado como leves sombras

que se desvanecen a los primeros rayos de la aurora, os habéis secado como gotas de rocío al contacto de un sol abrasador; mas al pasar, habéis dejado en la memoria de los hombres el recuerdo de un triunfo de la Iglesia; vuestra existencia fué un homenaje involuntario tributado á la verdad divina.

Si, en vosotros ha triunfado el cristianismo de todas las pasiones y preocupaciones paganas de la sociedad antigua, ha triunfado de la esclavitud de los hombres aherrajados por el hombre, de la esclavitud de la mujer, de la esclavitud del mundo!

Acércase, empero, la época feliz de que esta Religión divina aparezca á la vista de los hombres con todo el solemne aparato de su gloria. La humilde fuente, el manso arroyo, va á convertirse en breve en espléndida catarata cuyas límpidas aguas van á reflejar los mil cambiantes de oro de la luz divina. Escuchad.

... Un rumor extraordinario se percibe hacia el otro lado de los Alpes. Es un ejército de 40,000 legionarios á cuya cabeza aparece Constantino, empuñando un estandarte cuyo modelo vió trazado en la bóveda azul del firmamento. Ese estandarte es la Cruz, el instrumento de muerte, la señal antes de ignominia que hoy se venarbolada al frente del ejército, como una

prenda que asegura la victoria. "In hoc signo vinces," con esta señal vencerás. Avanza, pues, ¡oh César! tu pendón glorioso ondeará en breve sin rival en las torres del Capitolio, y "Roma, buscando en torno á sus dioses anonadados, verá subir de las catacumbas el genio del porvenir." (1) El triunfo del Lábaro fué el triunfo del Cristianismo, y esta revolución eminentemente social, es la más portentosa de las revoluciones que han presenciado los siglos. Las ideas, las costumbres y hasta el lenguaje, fueron cambiando de una manera radical y definitiva. El cristianismo fué, desde entonces, la religión oficial de muchos pueblos. La espléndida catarata habíase convertido en río caudaloso que recorría todos los países, en océano inmenso que iba á cubrir con sus aguas bienhechoras toda la extensión de la tierra. Mas, ¡ay! cuántas amarguras, cuántos dolores, cuántas persecuciones tendrá aún que sufrir esta religión divina! De su seno mismo han de surgir hijos bastardos que no vacilarán en herir con sacrilega mano el seno maternal; mas no importa, no, que el estandarte de la Cruz ondeará siempre victorioso y la nave de Pedro no se hundirá jamás en el océano proceloso. El paganis-

(1) María Bernardo.—"Los héroes del Cristianismo."

mo vencido intentará con Licinio, el apóstata Juliano y Máximo una reacción. No importa, el paganismo será vencido de nuevo, y Pedro vivirá. Las emanaciones pestilenciales de la herejía inficionarán la atmósfera cristiana; pero como pasaren la secta de los gnósticos, Montano y sus profetisas, así también Manés, Arrio, Celestio, Pelagio, Nestorio y tantos y tantos otros, pasarán como las sombras de la noche en presencia de la Aurora, y Pedro vivirá!

Un océano de bárbaros caerá sobre la Europa cual terrible inundación, amenazando destruir en breves días la obra de los siglos; pero esos bárbaros sin Dios, ni ley, caerán como frágiles cañas que la tormenta azota, ante el signo de la Redención y ¡Pedro vivirá! Su frágil barquilla se deslizará á través de los revueltos mares de la Edad Media, disipando con su luz las sombras de la idolatría y de la barbarie; luchará contra la brutalidad de los señores feudales; salvará á la civilización por medio de sus órdenes monásticas de un naufragio seguro; será atormentada por el judaísmo, por la arbitrariedad de los reyes, por la ignorancia de los pueblos; pero en todas partes saldrá victoriosa, y en la serie no interrumpida de los Papas Pedro vivirá.

Como se levanta el huracán en medio

de los desiertos y con su empuje irresistible derriba los árboles gigantes y arroja cuantos obstáculos se oponen á su impetuoso viaje, así también se levantan del fondo de los desiertos de la Arabia, impelidas por el soplo de Dios, las razas nómadas, descendientes de Ismael: organizadas y dirigidas por la voz de su Profeta, desbórdanse cual océano inmenso cuyos diques se rompieran, é invaden con oleadas gigantescas el mundo conocido, imponiendo á los pueblos su fe religiosa con la cimitarra en la mano ó seduciéndolos con la cinica voluptuosidad de su doctrina. ¿Quién creyera entonces, señores, que las sociedades cristianas, que la Iglesia Católica no sucumbiría al formidable embate de la borrasca? ¿Quién creyera entonces que la barquilla de Pedro no se hundiría bien pronto en aquel océano de bárbaros? Y sin embargo, las sociedades cristianas se conmueven y levantan como un solo hombre á la voz autorizada de los Papas, al rudo acento de Pedro el Ermitaño, á la elocuente palabra de San Bernardo, y en arbolando el glorioso estandarte de la Cruz, se oponen como fuerte muro á las oleadas de la invasión. Las cruzadas salvaron la civilización cristiana en aquellos momentos solemnes, señalando el "hasta aquí" al estandarte de la media luna. Así, mientras ahora languidece el imperio de los Sulta-

nes y va á precipitarse al abismo del pasado, donde caen para no volver las instituciones humanas y los siglos, la roca invulnerable de la Iglesia Católica se mantiene firme, dominando las catástrofes y las ruinas que se amontonan á su alrededor... ¡Pedro vive! ¡Pedro vivirá!

En los albores de la Edad Moderna, el paganismo volverá por medio de la literatura y de las bellas artes á sembrar la división en las legiones cristianas: Lutero, Zuinglio, Calvino y otros, con pretextos religiosos, echarán los cimientos del protestantismo; Voltaire, Rousseau, D'Alembert, filósofos, geólogos, enciclopedistas, vendrán después con la ciencia y la filosofía á atacar el edificio católico; posteriormente se levantarán sus sucesores, un ejército de fanáticos que con el pretexto de emancipar á los pueblos de la tiranía, se arrojarán como hambrientos lobos sobre el rebaño de Cristo. Mas no importa, todo pasará. ¿Dónde estáis, si no, audaces reformadores, filósofos descreídos, geólogos petulantes, revolucionarios del 93, dónde estáis? Mientras vuestros cuerpos se han podrido ya en el fondo de los sepulcros, ¡Pedro vive! ¡Pedro vivirá!

Señores, ya lo veis: diez y nueve siglos hace que la Iglesia es combatida, y la Iglesia triunfa siempre. Asomada al borde del abismo de los tiempos, escucha con atento

oído el estruendo que hacen los imperios al derrumbarse en sus insondables profundidades y contempla con faz serena cómo vienen los siglos, uno á uno, á rendir á sus pies el homenaje de su fe ó la confesión de su derrota. ¡Cómo! ¿No veis en esto la señal infalible, de que la Iglesia Católica es obra de Dios? ¿No sentís vuestro corazón inflamado por el valor y sostenido por la esperanza?

La lucha no ha terminado ni terminará hasta la consumación de los siglos; la sangre seguirá corriendo abundosa en el campo de la Iglesia; quédale aún que sufrir grandes dolores, terribles persecuciones y que presenciar las catástrofes más espantosas; pero confiando en la promesa de Dios que ha asegurado el triunfo de su Iglesia, continuemos, señores, el camino que su Providencia divina nos ha señalado. En los tiempos que atravesamos, los ataques de la impiedad redoblan sus esfuerzos; el sucesor de San Pedro, el grande é inmortal Pío IX, soporta las cadenas de una prisión mal disimulada; los Obispos son desterrados de sus diócesis; el clero afligido y maltratado, y oprimida la conciencia de los creyentes con leyes injustas y satánicas.

Dirigid un momento la vista á todos los ámbitos del mundo moderno, y no contemplaréis por do quiera, más que ruinas. En

las Iglesias solitarias ó profanadas, en los conventos abandonados, reina el silencio de los sepulcros, y cuando la curiosidad os hace penetrar en los claústros silenciosos, os parece mirar asomar de repente la sombra de algún monge que os pregunta: ¿Qué has hecho de mis hermanos? ¡Ruinas por todas partes, no más que ruinas! Y en cambio, ¿qué es lo que ha edificado el jacobinismo asolador?

Hoy, señores, se invoca un pretexto político para continuar la guerra contra la Iglesia; pero no importa: como la literatura y las bellas artes, como la ciencia y la filosofía, la política tendrá también que hacerse cristiana, y ella depositará á los pies de Pedro el homenaje de su fe ó la confesión de su derrota.

¡Sí, todo pasará! De las ideas modernas, de las leyes modernas, no quedará más que una sombra vana en las páginas inmortales de la historia, y ¡Pedro vivirá!

Perseveremos, pues; agrupémonos en derredor de este Prelado virtuoso que se halla colocado al frente de la Iglesia de Yucatán; opongamos á los mares desencadenados de la impiédad, el fuerte muro de nuestra fe y, no lo dudéis, el iris de paz lucirá esplendoroso en los cielos de la Iglesia y de la Patria.

He dicho.



DISCURSO

Acercá de la educación cristiana de la mujer.

Ilmo. Señor:

Señoras y Señores:

Designado por la R. Directora de este importante Colegio, para gozar de la honra inestimable de dirigiros la palabra en este momento solemne, quiero cumplir la misión que se me confía, de la manera que sea menos desagradable para la selecta reunión que me escucha; y sólo puedo conseguirlo tratando de una materia que sea interesante para todos los oyentes, ya que mi falta de luces y de elocuencia me pone en la condición de no poderos deleitar

Ponce y Font.— 40